

Francisco Franco y el Príncipe Juan Carlos se estrechan la mano terminado el discurso del Príncipe ante las Cortes.



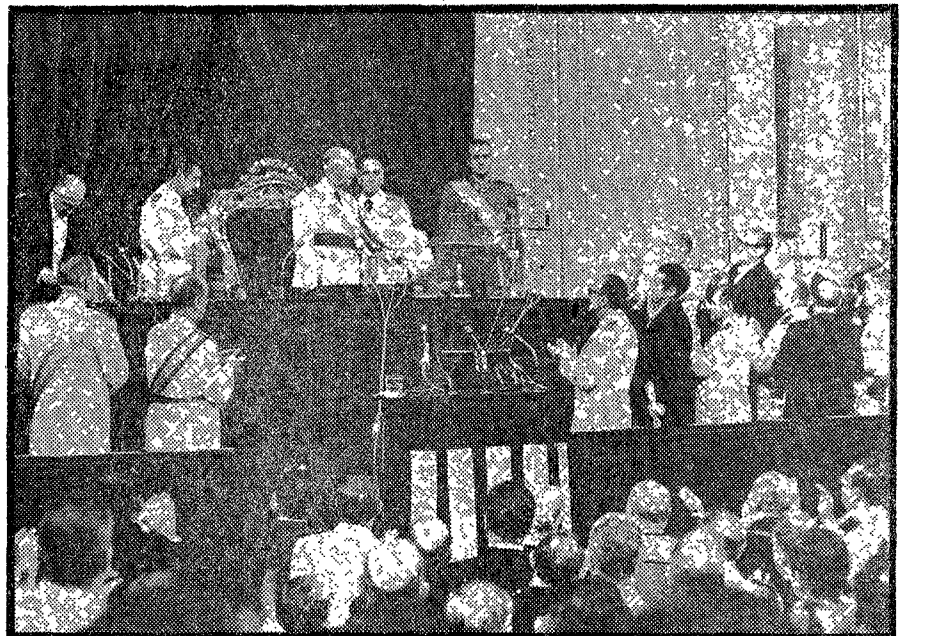
El Príncipe Don Juan Carlos de Borbón presta juramento ante las Cortes.



Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo de los Ejércitos se suma a los aplausos tributados al Príncipe Juan Carlos de Borbón, después de los discursos.



En un palco, la Princesa Sofía, las Infantas Elena y Cristina y el Príncipe Alfonso de Borbón Dampierre.



Los procuradores, puestos en pie, aplauden al Jefe del Estado y al Príncipe Juan Carlos de Borbón.

Ante el Pleno de las Cortes

# EL PRINCIPE DE ESPAÑA JURO LEALTAD AL JEFE DEL ESTADO Y LEYES FUNDAMENTALES

■ «Quiero para nuestro pueblo: progreso, desarrollo, unidad, justicia, libertad y grandeza», dijo Don Juan Carlos ■ Repetidas aclamaciones a Franco y al Príncipe

MADRID.—El Jefe del Estado llegó a las Cortes a las siete de la tarde, acompañado por el Príncipe de España, Don Juan Carlos de Borbón. A los acordes del himno nacional y después de saludar a la bandera, Franco pasó revista a las tropas del batallón del Ministerio del Ejército, que le rindió honores de ordenanza. El Jefe del Estado vestía uniforme de capitán general, y Don Juan Carlos el de capitán del Ejército de Tierra.

Después de saludar a los miembros del Gobierno, que se encontraban al pie de la escalinata del palacio de las

Cortes, Franco y el Príncipe de España penetraron en el recinto.

Franco ocupó la presidencia, a su derecha se sentó don Antonio Iturmendi, presidente de las Cortes, y a su izquierda ocupó un sillón Don Juan Carlos de Borbón y Borbón.

Abierta la sesión por el Jefe del Estado, el secretario primero de las Cortes, señor Romojaro, procedió a dar lectura al acta de lo acontecido por la mañana en el Palacio de la Zarzuela. En algunos puntos de la lectura, ésta se interrumpió por los aplausos y vitores, que Franco y Don Juan Carlos tuvieron que

agradecer puestos en pie.

Inmediatamente después, el Príncipe pasó a la derecha de la presidencia, donde, de rodillas, prestó juramento de lealtad al Jefe del Estado y fidelidad a las Leyes Fundamentales. El juramento le fue tomado por el presidente de las Cortes. Don Juan Carlos pronunció el juramento de memoria. He aquí la fórmula:

Presidente de las Cortes: ¡Juráis lealtad a Su Excelencia el Jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino?

Príncipe: Sí, juro lealtad a

Su Excelencia el Jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y demás Leyes Fundamentales del Reino.

Presidente de las Cortes: Si así lo hicieréis, que Dios os lo premie, y si no, os lo demande.

Terminado el juramento se produjo una prolongada y ensordecedora ovación.

Discurso

Franco anunció que el Príncipe de España dirigiría a continuación un mensaje a las Cortes. El discurso, que Don Juan Carlos leyó con soltura y voz firme y clara, fue in-

terumpido en varios momentos por los aplausos y las aclamaciones.

Este es el texto de la alocución del Príncipe:

MI GENERAL, SEÑORES MINISTROS, SEÑORES PROCURADORES:

Plenamente consciente de la responsabilidad que asumo, acabo de jurar, como sucesor, a título de Rey, lealtad a Su Excelencia el Jefe del Estado y fidelidad a los Principios del Movimiento Nacional y Leyes Fundamentales del Reino.

Quiero expresar, en primer lugar, que recibo de Su Excelencia el Jefe del Estado y Generalísimo Franco, la legitimidad política surgida el 18 de

julio de 1936, en medio de tantos sacrificios, de tantos sufrimientos, tristes, pero necesarios, para que nuestra Patria encuzase de nuevo su destino.

España, en estos últimos años, ha recorrido un importantísimo camino bajo la dirección de Vuestra Excelencia. La paz que hemos vivido, los grandes progresos que en todos los órdenes se han realizado, el establecimiento de los fundamentos de una política social, son cimientos para nuestro futuro. El haber encontrado el camino auténtico y el marcar la clara dirección de nuestro porvenir, son la obra del hombre excepcional que España ha tenido la in-

mensa fortuna de que haya sido, y siga siendo por muchos años, el rector de nuestra política.

Portenazgo, por línea directa, a la Casa Real Española, y en mi familia, por designios de la Providencia, se han unido las dos ramas. Confío en ser digno continuador de quienes me precedieron.

Desearía servir a mi país en cauce normal de la función pública y quiero para nuestro pueblo: progreso, desarrollo, unidad, justicia, libertad y grandeza, y esto sólo será posible si se mantiene la paz interior. He de ser el primer servidor de la Patria, en la tarea de que nuestra España sea un reino de justicia y de paz. El concepto de justicia es imprescindible para una convivencia humana, cuyas tensiones sean solubles en la ley, y se logren, dentro de una coexistencia cívica en libertad y orden.

Ha sido preocupación fundamental de la política española en estos años, la promoción del bienestar en el trabajo, pues no puede haber un pueblo grande y unido sin solidaridad nacida de la justicia social. En este campo nunca nos sentiremos satisfechos.

Las más puras tradiciones de nuestra gloriosa tradición deberán ser siempre mantenidas, pero sin que el culto al pasado nos frene en la evolución de una sociedad que se transforma con ritmo vertiginoso, en esta era apasionante en que vivimos. La tradición no puede, ni debe, ser estática; hay que mejorar cada día.

Nuestra concepción cristiana de la vida, la dignidad de la persona humana como portadora de valores eternos, son base y a la vez fines de la responsabilidad del gobernante en los distintos niveles del mando.

Estoy muy cerca de la juventud. Admiro en ella, y comparto, su deseo de buscar un mundo más auténtico y mejor. Sé que en la rebeldía que a tantos preocupa está viva la mejor generosidad de los que quieren un futuro abierto, muchas veces con sueños irrealizables, pero siempre con la noble aspiración de lo mejor para el pueblo.

Tengo gran fe en los destinos de nuestra Patria. España será lo que todos y cada uno de los españoles queramos que sea, y estoy seguro de que alcanzará cuantas metas se proponga, por altas que éstas sean.

La Monarquía puede y debe ser un instrumento eficaz como sistema político si se

sabe mantener un justo y verdadero equilibrio de poderes y se arraiga en la vida auténtica del pueblo español.

A las Cortes Españolas, representación de nuestro pueblo y herederos del mejor espíritu de participación popular en el Gobierno, les expreso mi gratitud. El juramento solemne ante vosotros de cumplir fielmente con mis deberes constitucionales es cuanto puedo hacer en esta hora de la historia de España.

Mi General: Desde que comencé mi aprendizaje de servicio a la Patria me he comprometido a hacer del cumplimiento del deber una exigencia imperativa de conciencia. A pesar de los grandes sacrificios que esta tarea pueda proporcionarme, estoy seguro de que "mi pulso no temblará" para hacer cuanto fuere preciso en defensa de los Principios y Leyes que acabo de jurar.

En esta hora pido a Dios su ayuda, y no dudo que El nos la concederá si, como estoy seguro, con nuestra conducta y nuestro trabajo nos hacemos merecedores de ella.

Tras la ovación cerrada que subrayó el final del discurso del príncipe, dijo Franco:

"Hemos de agradecer las nobles, sentidas y expresivas palabras que acabamos de escuchar a Su Alteza Real el Príncipe de España, Don Juan Carlos de Borbón y Borbón, y felicitarlos de la proclamación por las Cortes Españolas de su condición de sucesor en la Jefatura del Estado a título de Rey y del ofrecimiento de su entrega total al servicio de la Patria en su unidad, grandeza y libertad."

Dicho esto, levantó la sesión.

Doña Sofía

Después de haber salido Franco y Don Juan Carlos del hemisiclio, los procuradores se volvieron hacia el palco, donde se encontraba la Princesa doña Sofía, y le tributaron una cariñosa ovación. Estos aplausos los repitió el pueblo de Madrid, congregado en las inmediaciones de las Cortes, cuando doña Sofía y sus hijas salieron en automóvil, por una puerta lateral del palacio, unos minutos antes de que lo hicieran, por la principal, el Jefe del Estado y su sucesor.

A la salida de éstos, se reprodujeron los honores militares y las manifestaciones de afecto del pueblo congregado en el itinerario.